

GOBIERNO DEL ESTADO DE CAMPECHE

GUSTAVO MARTINEZ ALOMIA

VIAJE ARQUEOLOGICO
A LOS CHENES

1894

CUADERNO NUM. 2



CAMPECHE

MCMXLI

CD- 51.7127
A 1127
GOBIERNO DEL ESTADO DE CAMPECHE

GUSTAVO MARTINEZ ALOMIA

VIAJE ARQUEOLOGICO
A LOS CHENES

1894

CUADERNO NUM. 2



CAMPECHE

MCMXLI



— I —

Organización de la Comisión. — Partida. — Fuerte aguacero. — El Ferrocarril Peninsular. — Estaciones. — Hecelchakán. — Pozo en la Plaza. — Visita al agrimensor don Pedro Manari. — Cena. — Bolanes. — Equivocación del camino. — Desastre. — Cerro del volantín. — Pérdida de objetos. — Llegada a Bolonchenticul, — D. Manuel Barbosa

El que escribe estas líneas visitó en diciembre de 1894, acompañado del señor agrimensor don Pedro Manari, la gruta de Xtacumbilxunaan situada cerca de la villa de Bolonchenticul, y las ruinas mayas de Hochob distante tres leguas al sur de la villa de Cibalehén.

Como se les dificultó mucho hacer un reconocimiento de la primera, porque no existían ya las escalas que en otros años sirvieron para bajar hasta sus profundidades y como aunque tiene muy pocos conocimientos en arqueología, comprendió la importancia que en sí tenían las segundas y la necesidad de hacer respecto de ellas una descripción minuciosa, que tal vez sirva de luz para el esclarecimiento de la Historia de aquellas tribus que habitaron la Península de Yucatán en la época precolombina, aplazó para mejor ocasión el examen que entonces no pudo verificar, prometiéndose llevarlo a cabo con mayores elementos que no podía aquella vez tener a las manos.

La circunstancia de haber sido muy rigurosa la seca en el año actual, agotando completamente los pozos de agua potable en Bolonchenticul y el deseo de

proporcionar este precioso líquido a los habitantes de tan industrioso lugar, que tenían necesidad de ocurrir por él a tres y cuatro leguas de distancia, obligaron al señor Manari en abril a descender por medio de cuerdas hasta los depósitos que guarda la gruta de Xtacumbilxunaan y una vez convencido de que había suficiente provisión de agua para las necesidades de la población, organizó el trabajo de hacer las escalas lo más cómodamente que fuera posible, lo que consiguió con la ayuda de los vecinos que gratuitamente se prestaron a ello.

Una oportunidad como esta, para quien había leído, siempre dudando de su veracidad, las descripciones que de aquel subterráneo hacían Stephens, Sierra, Rivero y otros que tuvieron ocasión de visitarlo, no era de desperdiciarse por cierto. Dada noticia del viaje al señor Gobernador del Estado, a fin de encontrar en las autoridades locales una buena acogida, el que escribe estas líneas invitó a los Sres. Lic. Perfecto Montalvo, Secretario de Gobernación y Hacienda del Estado, Manuel Carvajal E., Profesor de Historia del Instituto Campechano é Ignacio Romero, hábil fotógrafo, completándose la comisión con los jóvenes Pedro Montalvo Ibarra y Juan Campardón.

Bajo un fuerte aguacero, el día 2 de julio próximo pasado salimos de Campeche llevando algunos instrumentos que pudieran sernos necesarios y tomamos pasaje hasta Hecelchakán en el carro del ferrocarril peninsular, llamado por irrisión de primera clase.

El ferrocarril peninsular se ha hecho célebre por el tiempo que ha necesitado para construir el tramo de Campeche á Hecelchakán y por lo mal construido que está. El viaje no puede ser más penoso, porque

los carros son completamente incómodos y porque el movimiento irregular de la marcha causa mareos inaguantables. El camino está sembrado de fincas que no tienen una grande importancia y de pueblos que con el ferrocarril han decaído considerablemente, porque carecen ya del movimiento de tránsito de carga y pasajeros, que era uno de sus principales elementos de vida. Después de pasar las fincas Río Verde, Xbechel y Aguada y el pueblo de Hampolol, se llega a la estación de Esperanza que no es sino una ridícula casa de madera construída á la orilla de la vía, sin almacenes de depósito para las mercancías que allí se toman y que provienen de fincas del interior.

Siguen en orden de situación topográfica las fincas Vista Alegre y Santa Rosa, el pueblo de Tenabo, la hacienda Cholul, el pueblo de Pomuch, San Isidro y Benaox (ruinas) llegándose á Hecelchakán que es el término del viaje por camino herrado.

Tratábase de continuar la marcha aquella misma noche, de manera que apenas tuvimos tiempo para echar una mirada sobre el pueblo, cuyas calles limpias denotan una buena administración municipal.

Antes de cenar examinamos el Pozo de la plaza y supimos por los vecinos que era un amplio cenote comunicado con otros pozos que existen en la misma población, á alguna distancia del primero.

Ya tendremos ocasión de explicar este fenómeno, al ocuparnos de los pozos de Bolonchenticul.

Confesaremos que llevábamos un cierto temor de que no podíamos desprendernos á pesar de nuestros esfuerzos. Las personas con quienes habíamos comunicado nos repitieron frecuentemente que era lo más fácil tomar en el descenso á la gruta una pul-

monía y nos indicaban el caso del ingeniero Manari, que aun estaba postrado en el lecho del dolor, y el de los operarios que fabricaron las nuevas escalas, quien más, quien menos, habían pasado sus fuertes calenturas.

No quiso el que escribe estas líneas dejar pasar esta ocasión sin comunicar sus temores al señor Manari, residente en Hecelchakán y mientras los compañeros de viaje saludaban a sus conocidos y amigos y se ocupaban de los preparativos de la cena, fué acompañado del Sr. Carvajal á visitar á su camarada del viaje anterior.

Manari, en efecto, había estado al borde del sepulcro á consecuencia de una complicación de males, que pudo combatir con certero tratamiento el afortunado Dr. Guzmán Mestre.

Sus palabras nos alentaron. Nos explicó minuciosamente los detalles del descenso y nos infundió cierto valor que contribuiría á hacernos salir avantes, en nuestro propósito. Debemos á su experiencia y á sus consejos habernos presentado á la aventura con algunas precauciones, cuyo valor comprendimos después de experimentar sus saludables efectos.

La cena no dejó nada que desear y si es verdad que no puede decirse que haya sido digna de un Heliogábalo, el hambre que llevábamos y el buen humor que reinó durante toda ella, nos la hicieron parecer deliciosa. Listos los bolanes, tradicionales vehículos que debían conducirnos a Bolonchenticul, ocuparon el primero Carvajal, Romero y Campardón y el segundo el Lic. Montalvo, su sobrino y el que esto escribe y emprendimos la marcha por un camino pedregoso

alumbrado débilmente por los tristes rayos de una luna opaca.

El movimiento de los carruajes y la digestión de la cena fueron cerrando nuestros cansados ojos, que no abrimos sino en la hacienda Hobomó, que se considera como la medianía del camino. Después que las bestias tomaron un pienso y descansaron lo suficiente para recuperar algo las agotadas fuerzas, continuamos el viaje por una dilatada sabana en que se cruzan los caminos como la red de una ingeniosa araña. Dormidos los pasajeros, hicieron lo mismo los conductores y extraviado el camino, resultamos, cuando menos lo esperábamos, en medio de intrincadas malezas y de arbustos espinosos, de que no pudimos salir sino después de multiplicados esfuerzos.

Era el primer contratiempo que se nos presentaba y que estaba augurando otro mayor.

Cuando empezaba el alba á asomar su luz rosada por el Oriente, llegamos al descenso de un empinado cerro que, según nos comunicaron los conductores, no tenía nombre propio conocido. Estaba reservado á nosotros bautizarlo con uno tan simpático como "El Volantín".

Bajaba el primer bolán con vertiginosa carrera por aquellos escarpados riscos, cuando un grito nos hizo detenernos. ¡Había volcado! Son muy frecuentes por desgracia en nuestros caminos estos accidentes que exponen a los pobres viajeros a sufrir heridas de más ó menos gravedad. Afortunadamente Carvajal, Romero y Campardón pudieron escapar sin ninguna fractura, aunque aporreados lo suficiente para hacerlos pasar días de verdadero malestar. El sol alumbró entonces un cuadro digno del pincel de Bod-

mer. El bolan y los equipajes formando una masa informe en el lugar del desastre; los contusos quejándose con verdadera amargura; las bestias paciendose con envidiable tranquilidad y los que ocupábamos el segundo carruaje vengándonos del susto que habíamos llevado con carcajadas que según supimos se habían oído hasta en el mismo Hecelchakán.

Reparadas las averías lo mejor que se pudo, continuamos la interrumpida marcha sin más pérdida que el vidrio lustrado de la cámara fotográfica y el sombrero de Campardón que no pudimos encontrar y que suponemos extraviado entre la maleza.

Media hora después hacíamos nuestra entrada triunfal en Bolonchenticul y nos recibía con los brazos abiertos el Sr. D. Manuel Barbosa, uno de los héroes de la guerra de castas, á cuyas atenciones quedamos obligados con deuda de eterna gratitud.

Con una deferencia exquisita, con una amabilidad poco común, el Sr. Barbosa nos proporcionó todo aquello de que tuvimos necesidad y que estuviera á su alcance en la villa, y no podríamos tener palabras con que significarle nuestro reconocimiento.

Debemos á su bondad el haber podido visitar la gruta el mismo día de nuestra llegada, lo que significaba para nosotros una economía de tiempo que nos era sumamente necesaria.

Estas líneas llevan nuestro personal agradecimiento al valiente Soldado del sitio de Tekax que tan bondadoso fué para con nosotros.

Salida para la gruta. — Xtacumbilxunaan. — Peligroso descenso. — El carnero. — Pozo desconocido. — Fotografías perdidas. — Paso difícil. — El puente de piedra. — Escaleras. — Grutas. — Profundidad. — Calor sofocante. — Depósitos: Chimez-há, Chachac-há, Noh-há, Pucul-há, Chac-xix. — Cavernas no exploradas. — Salida por la Concha. — Fotografías. — Regreso a Bolonchén.

Como decíamos al finalizar el capítulo anterior, gracias á la bondad con que el Sr. Barbosa se propuso allanar las dificultades que se presentaron, pudimos aprovechar el día 3 de julio para emplearlo íntegro en el reconocimiento de la célebre caverna, cuyo recuerdo no será fácil borrar nunca de nuestra memoria.

El nos ofreció remitirnos á la gruta el amuerzo, para evitarnos la molestia de tener que llevarlo desde luego; el nos proporcionó linternas que no tuvimos la precaución de llevar nosotros y, por último, nos dió una guardia compuesta de cuatro prácticos de aquellas tenebrosas profundidades, á quienes debemos el haber podido recorrer casi totalmente el intrincado laberinto de escalas, pasadizos, ramblas, salones y abismos que la forman. Sus nombres los consignaremos aquí, para que queden unidos á nuestras impresiones, como prueba de agradecimiento hacia los servicios con que supieron obligarnos. Son: Andrés, Francisco, y Marcial España y Leandro Perera.

La habilidad del fotógrafo Romero convirtió rápidamente el vidrio de una placa seca en vidrio lustrado de la cámara fotográfica y a las siete de la ma-

ñana salíamos de viaje para la gruta, con no poca admiración de los vecinos de la villa.

El camino es áspero y fatigoso, con una sucesión de lomas que lo forman, y la distancia de Bolonchen-ticul al cenote es de tres kilómetros poco más ó menos, en dirección S.S.O. Como habíamos pensado no entrar por la abertura natural que guía hacia las escalas, nos detuvimos antes de llegar á ella, frente a una boca circular como de quinientos metros de diámetro, que los viajeros que nos han precedido creen sea un enorme receptáculo para las aguas que la lluvia arrastra de las colinas cercanas, las cuales infiltrándose luego por las capas permeables de la tierra, van á formar los depósitos de la gruta. Esta opinión es tanto más cierta, cuanto que careciéndose en todo el partido de los Chenes de fuentes manantiales, no puede darse otra solución al problema de la existencia de esos grandes depósitos.

Antes de referir el descenso peligroso que nos llevó á la primera caverna, nos creemos obligados á hacer una ligera explicación acerca del nombre con que es conocida esta célebre gruta.

Xtacumbilxunaan es compuesto de dos palabras del idioma maya; del verbo **tacun** lo guardado, escondido, ocultado, y del nombre **xunaan**, Señora, que tanto vale como la Señora escondida en buen romance. Debemos advertir que nuestros lexicógrafos Pío Pérez y Beltrán no autorizan el último nombre, pero en lo general es usado con aceptación en la Península. Se debe a la tradición que todavía se conserva con palpitante interés, y que refiere cómo un fraile enamorado de una dama, la robó á su familia, llevándola a les abismos de la gruta, donde en pago de su livian-

dad quedaron convertidos, él, en laguna y ella, en estatua de piedra. Hasta qué punto pueda ser esto cierto, no seremos nosotros los que podremos decirlo y si algunos, como D. Justo Sierra, pretenden haber visto entre la caverna la figura de una mujer de piedra en actitud suplicante, nosotros no pudimos encontrarla á pesar de nuestro buen deseo, aunque muchas nos fingió la imaginación en aquella oscuridad de los abismos.

Verificamos un peligrosísimo descenso por las paredes cortadas á pico de aquella boca circular á que hicimos referencia y cuando nos presentamos á la entrada de la primera caverna, un grito de admiración salió de nuestros labios. Conocimos entonces que no había exageración alguna en las incompletas narraciones de los visitantes anteriores y que sería imposible hacer una descripción de aquel magnífico espectáculo, que la pluma no es suficiente para narrar. Las estalactitas y estalacmitas semejando conos, columnas truncadas, chapiteles, cortinas con caprichosos pliegues y decoraciones ornadas de vistosos arabescos, dan al cuadro un tinte original y bello. En el centro de este primer departamento descuella una colosal estalacmita figurando un carnero, cuyos contornos tienen una perfección admirable. La blanca lana está perfectamente bien imitada y el conjunto ofrece un golpe de vista de un efecto sorprendente.

A la entrada de este departamento observamos el barómetro que nos dió 29,7 siendo la dirección de la entrada S. $1\frac{1}{4}$ O.

Una curiosidad nos hizo descubrir en este departamento un profundo y desconocido pozo, lo que nos apresuramos á comunicar al público á fin de evitar

un accidente que alguno de nosotros estuvo á punto de sufrir.

A 7 metros de la entrada, en la pared de la derecha, hay una cavidad que guía á un reducido aposento. El que no entre allí con algunas precauciones y sobre todo con buena luz, corre inminente peligro de muerte, pues 8 metros más adelante hay un pozo cuyas paredes están completamente verticales, ocupando todo el ancho del local, sin ninguna señal que denuncie el peligro. Los prácticos nos significaron que ese lugar no había sido nunca explorado. Quisimos medir la profundidad de aquella sima y no fué suficiente para hacerlo la cinta metálica de 50 metros que llevamos prevenida para nuestros trabajos, aunque no le suponemos mucha más profundidad de 60 metros, por el tiempo que tarda en llegar al oído la caída de un cuerpo lanzado desde el borde.

En admirar esta obra de la naturaleza perdimos la mañana y eran las once cuando los mozos que nos traían el almuerzo llegaron a donde nosotros estábamos. Nuevos elogios se tributaron á la bondadosa atención de Don Manuel Barbosa por esta prueba de afecto y creemos haber hecho honor á los sabrosos guisos con que nos regalaba.

Es ciertamente muy sensible que el pirotécnico encargado de preparar las luces que debían servirnos para tomar las fotografías de estos lugares, donde la luz natural no alcanza á ser suficiente para la exposición, haya obedecido más á deseo de procurarse lucro que á conciencia del trabajo que desempeñaba, puesto que no puso en ellas los materiales requeridos y perdimos dos placas sin haber podido conseguir lo que deseábamos.

Se trató de pasar al segundo cuerpo de la caverna para ganar el puente de piedra que lleva á la primera escala y había que hacerlo por un estrecho paso resbaladizo que está suspendido sobre el abismo. Los guías aconsejaron como una medida prudente regresar al camino por el trayecto recorrido y entrar por la boca que llaman la Concha y que no ofrece peligro alguno; pero el que escribe estas líneas había pasado ya, aunque con riesgo de estrellarse, en su visita anterior, y aconsejó a sus compañeros hacer el paso, tomando algunas precauciones. No quiere ahora ni recordar el peligro en que los puso! Alguien estuvo a punto de caer al precipicio y debió su vida al oportuno auxilio del guía Francisco España.

Un peso enorme dejó de oprimir su corazón cuando todos sanos y salvos estaban sobre el puente y pudieron llegar al principio de la gran escala. Aquí empezamos á comprender el peligro que se corría en aquella aventura, cuando el joven Campardón fuertemente excitado por las diversas emociones pasadas, cayó sobre el puente víctima del vértigo del abismo. Comprendimos que aquella naturaleza debil no era capaz de resistir las sensaciones que aun nos faltaban y no consentimos en que siguiera con nosotros un paseo que podía convertirse para él en irreparable desgracia.

Hemos visto en el album publicado por Mr. Carterwood compañero de viaje del ilustre Stephens una vista tomada de la escalera principal hecha en aquella época de una manera empírica. La profundidad que ella salva es de unas 40 varas y entonces se hacía de un solo cuerpo, lo que le daba una inclinación muy peligrosa. Las de hoy dirigidas hábilmente por

el Sr. Manari, dividen la altura en dos partes y se tienden encontradas, teniendo en su unión un descanso formado de palos, como todas ellas. Mide la primera 46 peldaños de á media vara cada uno y la segunda 31 peldaños colocados á igual distancia que los anteriores, llegándose en seguida á un departamento amplio con entradas laterales, que conducen á los depósitos de agua. Desde abajo se goza de un espectáculo soberbio, contemplando la bóveda ó dombo á una altura no menor de 210 pies si hemos de creer a Stephens, y en cuya parte central aparece practicada una abertura de unos 30 pies de diámetro por la que los rayos de luz entran á iluminar muy pobremente la salvaje escena.

Tomamos el conducto ó vía de la izquierda por donde los depósitos son más accesibles y empezamos por bajar una nueva escalera de 14 peldaños que nos llevó á un puente de madera tendido sobre el primer depósito de agua, que los naturales llaman en idioma maya **Chacxix**, es decir, que esta agua es debida al continuo gotear de las piedras. No pudimos resistir á la tentación de probarla, encontrando en ella una agua fina, deliciosa y fresca, como si hubiera sido helada.

Al final del puente una nueva escalera de 67 peldaños nos condujo á una rampa precipitada que concluyó con otra escalera de 12 peldaños. Estábamos ya muy fatigados; el aire se hacía cada vez más escaso y como seguíamos el camino en medio de la más completa falta de luz natural, el calor era sofocante, aumentado con las luces de petróleo que nos alumbraban.

Una nueva sala se presentó á nuestra vista cuyo

techo se perdía á una gran altura y de tal extensión que no pudimos apreciarla.

Nos fué también imposible seguir las diversas direcciones en que marchábamos, porque el camino era tan irregular, que muchas veces creímos estar dando vueltas al derredor de una inmensa mole de granito.

Tomamos en esa sala el camino de la izquierda; subíamos y bajábamos rampas de más ó menos inclinación y después de bajar dos nuevas escalas, una de 23 peldaños y otra de 12, llegamos a un pequeño descanso precursor de una nueva de 73 peldaños que casi agotó nuestras rendidas fuerzas, á pesar de haber sido preparada como la primera, en dos direcciones encontradas, para evitar su peligrosa inclinación.

Después de cruzar por espaciosas salas y estrechos é inclinados pasadizos, bajamos aun dos nuevas escalas de 12 y 10 peldaños respectivamente, llegando al depósito nombrado **Chimez-há** o **Tzimez-há** que quiere decir agua con gusanos y cuyo nombre está muy bien aplicado, porque en efecto, cría esas sabandijas que nosotros llamamos impropriamente ciento pies. No podemos apreciar la extensión de este depósito, por falta de luz, pero debe ser grande, porque una piedra tirada desde su orilla cae siempre sobre el agua sin tocar en la pared opuesta.

Una nueva escalera de 12 pies nos condujo al depósito nombrado **Chichan-há** por su pequeño tamaño, que antiguamente era llamado **Chachac-há**, á causa de contener el agua partículas rojas que provienen de su lecho de barro.

Otra sorpresa nos estaba reservada al emprender el camino que conduce al depósito nombrado hoy **Noh-há**, por su extensión y antiguamente **Chocó-há** porque

sus aguas aparecen menos frescas que las demás. Descubrimos, en efecto, dos salones hermosísimos unidos por un pequeño arco trazado con todas las reglas del arte, bajo cuyo cerramiento hay una piedra de 2 metros de largo por 20 centímetros de ancho que llaman la mesa del fraile. Una acalorada discusión se empuñó entre los que nos acompañaban, á quienes se habían unido el Presidente del Ayuntamiento de Bolonchen-ticul D. Rudesindo Salazar, el Capitán de G. N. Almeyda, el joven telegrafista Eligio Avila, hijo político de nuestro huésped D. Manuel Barbosa y otros. Quiénes decían que tuvieron ocasión de conocer estas salas, otros que aún no habían sido visitadas y nosotros nos agregamos á los últimos, porque de esta opinión fueron nuestros guías los hermanos España.

Seguimos el camino para **Noh-há** y pasada una escalera de 18 peldaños llegamos á un arroyo que nos fué imposible seguir, tanto porque la estrechez del pasadizo nos obligaba á marchar a veces con pies y manos, como por una nube de murciélagos, que nos azotaba revoloteando al derredor de la luz.

A los demás depósitos no pudimos llegar, porque la hora era sumamente avanzada y necesitábamos de las pocas fuerzas que nos quedaban para volver á la superficie de la tierra, de la cual distábamos entonces unas 450 varas.

Observado el barómetro nuevamente nos sorprendió encontrarlo en 28.8 pero después hemos comprobado que el calor sofocante dilataría los gases, haciendo menos pesada la atmósfera en aquellas profundidades.

Nuestros guías nos hablaron de cuatro depósitos más; del **Akab-há**, ó agua oscura, el más extenso de

cuantos encierra la gruta, pero al que no puede llegarse sino privado de luz, porque ninguna artificial permanece encendida en su recinto; del **Ocil-há** ó agua con nata, porque cría una especie de grasa que la cubre; del **Pucul-há** ó agua que huye, porque se cree que tiene flujo y reflujo y finalmente del **Sayab-há** ó agua manantial, cisterna que no flaquea en medio de las grandes sequias porque atraviesa Yucatán algunas veces.

Hubiéramos querido comprobar la veracidad de estos asertos, pero no fué materialmente posible, porque aun no contábamos con todos los elementos necesarios. Ojalá y pronto pueda organizarse una verdadera expedición científica que haga un estudio detenido de las particularidades de estas aguas.

¿Qué utilidad pueden derivar los habitantes de Bolonchenticul de estos grandes depósitos de agua potable? Este fué el objeto de nuestro estudio, pero tenemos que convenir en que se requieren gastos considerables para hacerla llegar hasta la superficie. No podría lograrse sino por una combinación de bombas, cuyo motor necesitaría situarse abajo, para lo que sería necesario hacer un revestimiento de las bóvedas, que se desprenden diariamente.

Lo que si puede aprovecharse es hacer un estudio geológico que compruebe la reciente formación del suelo de Yucatán, puesto que en las paredes de este subterráneo se encuentran sedimentos marinos, que prueban esta aserción.

Volvimos de nuevo a la bóveda central y tomando desde el puente de piedra por el camino que conduce á la Concha, subimos cuatro nuevas escaleras con 39 tramos en junto y llegamos cerca de las cinco de

la tarde á donde ya nos alumbraba la luz del sol. Una humilde cruz de madera guarda la entrada de este soberbio templo de la naturaleza, teniendo pintada esta simbólica leyenda: "**Cin kultceh u cilich cruz cayumil ti ahlohil. 1895. Presidente Rudesindo Salazar**", que traducida al romance dice: "Adoro la Santa Cruz de Nuestro Padre el Redentor". La salida está al rumbo S. franco.

Sólo pudo tomarse una fotografía de este lugar, porque la luz era ya sumamente escasa, y concluido este trabajo volvimos, bajo la lluvia, al pueblo de Bolonchenticul á descansar de las fatigas pasadas en este día, que conservaremos siempre entre los de nuestros más gratos recuerdos.

— III —

Pozos de Bolonchén. — Fotografías. — Viaje a Hopelchén. — Yaxhá. — Boxol. — Yocupuh. — Montículos. — Visita al cementerio. — El Dr. José V. Amores. — Culebra venenosa. — Descanso en Hopelchén. — Viaje a Cibalchén. — Xcupil. — Santa Rita. — Hospitalidad. — Xconchén. — Un indio bárbaro. — Camino pedregoso. — Llegada a Cibalchén. — Pozos.



La mañana del día siguiente, 4 de julio, la empleamos en reconocer los pozos de Bolonchenticul, que ofrecen la particularidad de conservar vestigios de la tribu que ocupaba la Península en la época anterior á su descubrimiento por los españoles. Ellos han dado al pueblo su nombre, que traducido al castellano significa nueve pozos, del numeral **bolon**, nueve, y del nombre sustantivo **chen**, pozo. Hoy no existen más que ocho, situados en una extensión de unos doscientos metros cuadrados. El terreno es rocalloso en partes y forma una gran cisterna sobre la que están practicadas las ocho bocas, de manera que puede decirse que es un solo depósito. En la superficie hay una parte más baja de nivel, formada de tierra roja o barro, hacia la cual se dirigen las aguas de las cerranías que circundan el pueblo, formando en el tiempo de la lluvia una especie de aguada, luego se ván infiltrando y llenan la cisterna. Esta se encuentra revestida interiormente de una capa de mezcla resistente, trabajada por los naturales y que sirve para evitar las filtraciones y conservar las aguas recibidas en la época de lluvia, sistema que puede decirse era el que empleaban los antiguos en todas las poblaciones mayas,

pues ya vimos al hablar del pozo de Hecelchakán, que también se comunicaba con otro, lo que nos hace presumir que deba su origen á una causa semejante.

Los habitantes de Bolonchén emplean para la extracción del agua unos cubos formados con la corteza del árbol nombrado **Chim**, preparada con grande habilidad y es un espectáculo gracioso ver á las mujeres sobre los brocales de los pozos llenando sus cántaros cuotidianamente.

Después de almorzar nos despedimos afectuosamente de D. Manuel Barbosa y emprendimos el viaje para Hopelchén distante ocho leguas al Sur. Rendimos la primera jornada en el crucero que hace el camino con el que conduce al pueblo de Sahecabchén, por el cual volvimos á la entrada del cenote de Xta-cumbilxunaan á tomar las fotografías, lo que no pudimos hacer el día anterior por falta de luz.

Tres diferentes lugares de la Coneba fueron fotografiados, mientras se aprovechaba el tiempo en medir el ancho de esta entrada que resultó ser de 14 metros y en calcular el alto de la bóveda que tendrá aproximadamente unos 20 metros.

Dos fincas hay en el trayecto de ocho á nueve leguas que separa las villas de Bolonchén y Hopelchén. Yaxhá que fué antes de la guerra de indios un Ingenio de importancia, propiedad de D. Andrés España, padre de nuestros guías, y Boxol que fué de los ascendientes en línea recta del que escribe estas líneas y cuya importancia se conocerá con saber que llegó á contar trescientos indios de labranza. Hoy estas fincas están completamente abandonadas, acabando de llegar á su ruina total.

Poco menos de una legua antes de llegar á Ho-

pelchén nos vimos obligados á detenernos para reconocer tres montículos, vestigios de antiguas construcciones indígenas que la generación actual llama **Yocpuh**. No tienen interés alguno, porque son montones informes de ruinas y solamente con algún trabajo podría llegarse á comprobar el plano sobre el cual descansaban los edificios mayas.

Nueva detención hicimos al pasar frente á las puertas del cementerio de Hopelchén con objeto de visitar la tumba de nuestro malogrado amigo el Sr. Dr. D. José V. Amores, fallecido en abril del corriente año.

El Dr. Amores, natural de Cuba, se radicó por algunos años en el puerto de Progreso, del vecino Estado, donde contrajo matrimonio con una campechana. Vivió luego en Campeche, donde se concitó la general simpatía por su natural bondadoso y afable, su conducta decorosa y su vasta ilustración. Solicitado por los habitantes del partido de los Chenes que carecían de médico, pasó su residencia á Hopelchén como lugar el más centrico para poder atender con eficacia á cuantos pudieran necesitar de sus servicios, y cuando empezaba á ser una verdadera Providencia para aquellos, la muerte lo arrebató al cariño de su familia y sus amigos.

La visita á la tumba del Dr. Amores pudo haber sido para nosotros de funestas consecuencias. Estuvimos á punto de ser sorprendidos por la mordedura de una venenosa culebra nombrada **petectunich**, que nos causó una impresión muy desagradable.

Pocos momentos después estábamos ya en Hopelchén y como la noche había llegado junto con nosotros, recibimos el obsequio de una espléndida cena

que nos brindó D. Emilio Lara y alojados convenientemente descansamos de las emociones de este día.

En las primeras horas de la mañana del cinco, y concluidos los preparativos para la marcha a Cibalchén, salimos en los mismos bolanes, pues el trayecto es largo y el camino á caballo nos esponía á los implacables rayos de un sol abrasador.

Atravesamos sin detenernos por el pueblo de Xcupil arruinado hoy por completo, pero que se conoce fué de alguna importancia antes de la guerra de los indios, que convirtió la Península en ruinas y desiertos.

Con algún trabajo, porque las lluvias habían puesto en mal estado los caminos, llegamos á la finca Santa Rita, propiedad de nuestro caballeroso amigo D. Benigno Lara, donde nos brindaron un almuerzo que no olvidaremos, pues las viandas fueron bien condimentadas, el trato afable y franco y la conversación de los hijos del propietario tan amena, que vimos pasar las horas con desesperante rapidéz.

No pudimos menos que lamentar lo veloz que transcurría el tiempo al lado de tan buenos amigos, pero aunque su compañía nos era tan agradable, tuvimos que separarnos de ellos y volver á nuestros bolanes, que bajo un sol canicular nos llevaron al pueblo de Xconchén donde tuvimos otro momento de descanso.

Dos cosas llamaron nuestra atención en este pueblo, después del pozo, formado de piedras labradas y que por encontrarse en un lugar bajo le dá nombre. Fué la primera, encontrarnos un indio bárbaro habitando tranquilamente entre los civilizados. Con nuestros pocos conocimientos en la lengua maya, comprendimos por su relato que había pertenecido a las hor-

das salvajes de Cecilio Chí y Jacinto Pat, que en época no lejana trajeron la guerra á estas poblaciones.

Requerido para que nos explicara si hoy sería la guerra de tan desastrosos efectos, nos contestó que no, que yá los jefes suyos habían muerto y que los caciques que en el día los gobiernan no tienen ni la energía ni el valor para sostener una campaña tan encarnizada como aquella; que es muy posible que den la obediencia á la primera intimación y que la mayor parte de los indios están desesperados por venir á las poblaciones, lo que no hacen por estar penado entre ellos con la muerte.

Después de la plática nos obsequió con el fresco pozole de una manera espontánea.

Nuestro segundo asombró lo causó el encontrar la Iglesia convertida en Escuela de párvulos. Como la Administración espiritual anda un poco escasa por estos apartados lugares, la autoridad política ha aprovechado la única pieza que queda á la Iglesia para que en ella reciban instrucción los niños del pueblo. La idea es buena, pero nos parece que hay algo de profanación en que el mismo local sirva para los dos usos. O se destina exclusivamente á uno ó al otro.

Como el Gobernador actual se está ocupando empeñosamente en el arreglo de las oficinas del Estado y en lo relativo á la Instrucción Pública, llamamos su atención sobre este punto para que ordene la traslación de la escuela de Xconchén á otro local, ó para que mande extraer del que ocupa actualmente los objetos que pertenece al culto católico.

Nuestros amigos los Señores Lara nos habían ofrecido que en este pueblo encontraríamos unas mulas de refresco para nuestros bolanes. No fué así, sin em-

bargo, y emprendimos el camino para Cibalchén; camino muy pedregoso al principio pero que luego es llano y fácil de recorrer.

En el trayecto encontramos á los arrieros que las conducían y ya con ellas pudimos llegar á nuestro destino al caer la tarde.

Nuestro primer cuidado, después de saludar al Sr. Coronel D. Leocadio Preve, Gobernador entonces, y de ponernos á sus órdenes, fué examinar el pozo á que debe su nombre la villa.

Nada de extraordinario presenta. La tradición refiere que una piedra cubrió su boca antiguamente y que esta piedra estaba llena de geroglíficos mayas, por cuyo motivo llaman á la población Cibalchén que tanto expresa como Pozo con escrituras.

Hoy no existe la piedra y el pozo con sus 12 metros de profundidad es suficiente para abastecer á los habitantes. Hay además otros pozos abiertos en época más próxima, pero el agua no es tan agradable como la del primero.

Alojados convenientemente en la oficina de Guardia Nacional, nos entregamos al descanso, á fin de estar expeditos para la visita de las ruinas de Hochob que debíamos hacer al siguiente día.

— I V —

Viaje a Hochob. — Las Ruinas. — El Palacio Central.
— Los edificios laterales. — Las torres. — Antigüedad de esos edificios. — Ornamentación. — Fotografías. — Regreso a Cibalchén. — Almuerzo. — Viaje. — Descanso en Xconchén. — Un disparador como pocos. — Jarana en Santa Rita. — Noche en vela. — Vuelta a Hopelchén.

Al día siguiente, 6 de julio, despertamos muy temprano estimulados por la curiosidad de visitar las ruinas de una antigua ciudad maya. Para llegar á ella tuvimos que luchar con grandes dificultades, porque la reciente epizootia del lobado, que pesó sobre las poblaciones de este Partido, había dejado en Cibalchén muy escasas las caballerías y a pesar de nuestros esfuerzos y de los que hizo el Sr. Jefe Político D. Demetrio Barrera, solamente pudimos conseguir cuatro malos caballos, que la satírica voz de nuestro pueblo designa con el nombre de arpas.

Dos indígenas, conocedores del terreno, tomaron sobre sus espaldas los aparatos para las fotografías y salimos á las 7-1/2 de la mañana, con rumbo al Sur, tomando el camino que conduce al rancho Trinidad, del cual es propietario el Sr. Coronel D. Leocadio Preve.

En las goteras de la población abandonamos ese camino y nos internamos por una herradura que á las tres leguas nos dejó en el antiguo sitio llamado Hochob, cuyo nombre suponemos que haya sido tomado del de las ruinas. Aquí nos manifestaron los guías que ese lugar era el que conocían únicamente y que no tenían idea del punto en que estuvieron las pare-

des viejas (xlabpak) como ellos la nombran. Nos llamó mucho la atención que el Jefe Político nos hubiera proporcionado unos guías como estos; pero encontrándonos ya sobre el terreno, retroceder hubiera sido ponernos en ridículo y el que escribe estas líneas procuró recordar los sitios que más se grabaron en su memoria en el viaje anterior y después de caminar una media hora bajo el monte, llegamos al pie del cerro artificial en cuya altura están construídos los edificios.

No hemos vacilado en llamar artificial al cerro que sirve de base á las construcciones mayas, porque se levanta aislado enmedio de un extenso y pintoresco valle al que domina perfectamente en todas direcciones. Su base podrá ser de unos 500 metros de diámetro y su altura de 30 á 35 metros. En la cúspide se formó una explanada en la que están construídos los edificios, bajo el plano de un paralelógramo rectangular, cuyos lados de N. á S. miden 50 metros y los de E. á O. 40 metros 60 centímetros.

La parte que mira al Oriente está ocupada por tres edificios, separados entre sí por paredes de más de 1.50 metros de espesor, á los que nosotros hemos llamado Palacio Central y Departamentos laterales. El primero mide de longitud en su interior 9.30 metros, 2.80 metros de latitud y 4.80 de altura.

Conserva aún grandes porciones de suelo de hormigón dado de maque y las paredes están cubiertas de una capa de estuco blanco todavía en muy buen estado.

En el exterior la longitud es de 13 metros y de 7.40 la altura, incluyendo las estatuas que coronan el frontis. El ancho de la puerta es de 2.5 metros.

Los departamentos laterales miden de longitud 6.20 metros, 2.59 de latitud y 4.80 de altura en el interior.

El techo está revelando el origen de estas construcciones, que es indudablemente tolteca. Las paredes al llegar á la altura de 2.90 metros comienzan á inclinarse hacia el interior hasta dejar apenas entre ambas una distancia de 70 centímetros, que se cierra con una sola piedra labrada. Este sistema de construir ha permitido la duración secular de los edificios mayas, semejantes al que ahora examinamos. La décima piedra del cerramiento de la bóveda en el edificio lateral derecho, conserva aún, perfectamente visible, un geroglífico maya, cuya solución no intentamos.

Los lados que miran al Norte y al Sur estaban ocupados también por departamentos separados por paredes muy delgadas, que la injuria del tiempo no ha querido respetar.

El que cae al Poniente tiene en cada uno de los ángulos una torre cuadrada y otra en el centro, frente por frente de la puerta del Palacio Central. La torre del ángulo Noroeste se ha desplomado totalmente y solo pueden examinarse las otras dos que aun están bastante conservadas. Estas torres descansan sobre un sólido terraplén hasta la altura de 2.70 metros, y se asciende a ellas por una precipitada escalera cuyos peldaños apenas tienen el ancho de 12 centímetros, lo que hace difícil la ascensión. Son enteramente cuadradas, de 4.85 metros por lado y contiene cada una de ellas dos departamentos aislados de 3.60 metros de largo, 2 de ancho y 3.60 de altura, cada uno. La puerta de entrada es de 1.85 metros de alto desde la cimbra y 4.16 metros de ancho. Parece que el objeto de

estos departamentos era el de servir de garitones para centinelas, pues no les vemos otra adecuada aplicación.

La viga que sirve de cimbra á la puerta de la torre que forma el ángulo Suroeste del paralelógramo, es de la madera llamada Jabin y aunque está apolillada en partes, todavía presenta alguna resistencia.

Por mucho tiempo estuvimos vacilantes para fijar la antigüedad de estos edificios. Dos opiniones han sido emitidas hasta hoy, y aceptadas y defendidas por los diferentes arqueólogos que han visitado las ruinas de Yucatán. El ilustre Stephens es el iniciador y sostenedor de la primera y su juicio pretende demostrar que estos edificios "no son la obra de un pueblo ya extinguido y cuya historia está perdida, sino de las mismas razas que habitaban el país á la época de la Conquista española, ó de algunos de sus progenitores no muy remotos". Afirma, además, que muchas de esas poblaciones estaban todavía habitadas por los indios yucatecos á la época en que los españoles verificaron el descubrimiento y conquista del país.

Examinaremos las razones que se oponen á esta apreciación y que Stephens trata de combatir a todo trance. La primera es la falta absoluta de tradiciones y debemos considerarla no solamente como la primera, sino como la principal. En efecto, si las razas que poblaban la Península ó sus progenitores no muy remotos, fueron los fundadores de las ciudades mayas cuya grandeza hoy nos admira, la tradición nos guiaría en este laberinto, pues se hubiera perpetuado, co-

mo se perpetuaron las fiestas, canciones, bailes y costumbres de la raza que los españoles encontraron dueña del país.

Todavía en la actualidad, medio siglo después de la aseveración de M. Stephens, los que hemos nacido en la Península y hemos tenido ocasión de tratar muy de cerca á los indios, los hemos visto hacer las mismas ceremonias que lleno de un horror cristiano nos refiere Fray Diego de Landa en su descripción de los usos y costumbres de los indios yucatecos. Si, pues, se han perpetuado en ellos por tradición estas costumbres y estos usos de la raza encontrada por los españoles, y si como pretende Stephens, las ciudades mayas ó una gran parte de ellas estaba todavía ocupadas en la época de la conquista ¿cómo fuera posible que tan solo hubieran olvidado que sus antepasados construyeron estos primorosos edificios?

Otra de las razones poderosas que combate Mr. Stephens, es la de que un pueblo que poseía el poder, el arte y la ciencia de construir tales ciudades no habría podido caer en tanta degradación como los miserables indios que yacen ahora al rededor de sus ruinas. Nosotros creemos que la opinión de Stephens no va muy acertada al combatir este razonamiento. El argumentante pudo explicarse mejor afirmando que si la misma raza que habitaba la Península á la época de la conquista fué la constructora de estos edificios, después degeneró hasta el grado de perder completamente las nociones de ese poder, de ese arte y de esa ciencia con que brilló en la época de su grandeza. Para que la raza encontrada por los españoles en Yuca-

tán, haya sido, como nos la describen los historiadores, apenas superior á los brutos, es necesario que entre esa raza y la constructora de los soberbios edificios cuyas ruinas contemplamos hoy, haya mediado un período de tiempo muy considerable.

No dudamos que la enseñanza pueda restablecer aun el indio y darle la habilidad suficiente para esculpir la piedra y labrar la madera; ni que recobrando su libertad y el uso desembarazado de las potencias de su espíritu, llegue á poseer de nuevo la capacidad necesaria para inventar y ejecutar obras iguales a las que vemos en los arruinados monumentos de sus antepasados; pero para estos se necesitaría una serie de evoluciones como las que han hecho á otros pueblos crecer, levantarse, llegar al apogeo del poder y de la ciencia, languidecer y hundirse en la noche de los tiempos, como la historia nos refiere del pueblo Helena y del Romano y como pasó, sin duda, con las razas que poblaron la Península de Yucatán.

Contra la teoría de Stephens, tenemos la opinión igualmente respetable del Baron de Fridrichshal. Este distinguido arqueólogo hace un estudio minucioso de las ruinas yucatecas y concluye con razonamientos fundados, en fijar la época de su construcción en la que corresponde á la dispersión de los toltecas, es decir, en el siglo XII de la era cristiana. En efecto, por este tiempo Tolpiltzín último rey de Tula, fué vencido y desterrado al Sur de México, diseminándose la raza por Guauhtemalan, Tecoantepec, Guautzacoalcos y Campeche.

Aunque muy ligeramente, porque la extensión del

presente artículo no nos lo permite más, examinaremos las razones en que el Barón de Fridrichshall funda su teoría.

“Convienen los historiadores, dice, en que dos razas hacían fábricas de piedra: los toltecas y los aztecas. Los aztecas no invadieron la Nueva España antes del siglo XIII y no tenemos vestigio alguno de su emigración meridional. La arquitectura de ambas razas difiere, según se comprueba con los estudios comparativos de las construcciones mexicanas, con las del Palenque, estas últimas unánimemente atribuidas á los toltecas. En cambio, entre estos edificios y los de Yucatán hay una analogía incontestable que los coloca bajo un mismo origen, aunque el progreso del arte que se advierte, asigna á los unos y á los otros época diferente”.

En efecto, la ornamentación y lo que pueda llamarse la obra del arte es superior en los edificios del Palenque á los de Yucatán y como la emigración tolteca seguía un trayecto en que debió recorrer primero el lugar que ocupan las ruinas del Palenque, antes de llegar a la Península, es evidente que los edificios se levantaron en esta última, cuando ya la raza iba llegando á su decadencia, ó cuando sus colaboradores, los indios que poblaban Yucatán cuando ellos lo ocuparon, no podían ayudarlos en su empresa con los conocimientos y pericia que ellos tenían en el arte de la arquitectura.

Se desprende de estas conclusiones que si á fines del siglo XII, época fijada al arribo de los toltecas á Yucatán, llegaron ya como una raza decadente y degenerada, no es aventurado concluir que cuatro si-

glos más tarde, al desembarcar los Españoles en nuestras playas, hubieran los habitantes perdido hasta la memoria de los que edificaron las ciudades cuyas ruinas estudiamos ahora.

Por eso no vacilamos en aceptar la última hipótesis, atribuyendo la fundación de las ruinas de Hochob á los toltecas emigrantes ó sus inmediatos sucesores, afirmando, hasta donde lo permite nuestra convicción, que eran ya ruinas deshabitadas cuando los españoles llegaren al país.

Cuatro fotografías se tomaron de estos edificios. La primera representa el frente del Palacio Central, la segunda el ángulo Sureste ó unión del Palacio Central con el Departamento lateral derecho, la tercera la torre del Suroeste y la cuarta el frente de las dos torres que mira al Oriente.

Las torres están unidas por fuertes murallas de 2.20 metros de espesor, cerrando completamente el paralelógramo y dándole la forma de un amplio patio de honor, en el cual durante nuestra anterior visita encontramos dos silos, que fueron seguramente depósitos de granos, que servían para la alimentación de los moradores del caserío.

En los ángulos del palacio central descuellan dos enormes caras de piedra representando tipos muy diferentes á los de la actual raza indígena. Hemos querido creer que de ellas han tomado su nombre las ruinas, pues una de las acepciones de la palabra Hoch es la de retratar, en cuyo caso el nombre Hochob se traduciría por los retratos de aquellos, pues siempre que la terminación ob es pronombre, entra en composición final.

A las tres de la tarde regresamos á Cibalchén, deteniéndonos apenas el tiempo suficiente para almorzar y tomar nuestros bolanes que nos condujeron á Xconchén, donde tuvimos que hacer un pequeño descanso.

Estaba escrito que en este pueblo, el más insignificante del Partido de los Chenes, nos estaban reservadas las sorpresas. La de hoy fué el encuentro de un disparatador como pocos. Buscad al hombre más sabio y hacedle pronunciar un discurso ó sostener un diálogo en que no pronuncie dos palabras que formen sentido ó que tengan alguna relación entre sí. Os parecerá imposible. Pues allí está D. Sóstenes Maldonado ante cuyas frases os convenceréis. No hay palabra para él desperdiciada y si llega el caso de no tenerla á mano en el momento preciso, la inventa y os confunde. Familiarizado, a su entender, con todos los idiomas y dialectos conocidos, no importa que le habléis en griego, turco ó ruso. El os contestará con una relación de deshilvanados disparates. Huyendo de su charla ocupamos de nuevo los bolanes y al oscurecer llegamos á Santa Rita donde nos esperaban el propietario y sus amables hijos, para la jarana que se verificaría esa noche.

Tenían convenientemente construída una fresca enramada; la música rompió con los alegres zapateos y las danzas voluptuosas y en ese baile de mestizas pasamos una noche agradable, siendo frecuentemente obsequiados por nuestros simpáticos huéspedes.

A la mañana siguiente nos despedimos de ellos por última vez, agradeciéndoles el servicio de las mulas

que tan bondadosamente nos facilitaron, llegando á Hopelchén poco tiempo después, ansiosos de pasar ese Domingo entregados al descanso, que muy buena falta nos estaba haciendo.

Hopelchén. — Su aspecto. — Su riqueza. — Hospitalidad de sus habitantes. — El Coronel Santini. — Guerra de castas. — Posibilidad de concluirla sin dificultades. — Regreso. — Cena en Sahcabchén. — El pueblo á la luz de la luna, Humpeckin. — Mayordomo atento. — Mulas cansadas. — Hecelchakán. — El Ferrocarril. — Tren de carga. — Llegada á Campeche. — Conclusión

El partido de los Chenes por su situación geográfica y su riqueza de terrenos, propios para toda clase de cultivos, es sin duda alguna, de los más importantes del Estado. El rendimiento de las cosechas en los años considerados como buenos, recompensa con liberalidad á los agricultores y puede decirse que solo faltan para que llegue ese Partido al apogeo de su bienestar, dos factores importantes: el agua potable y un ferrocarril que lo ponga en comunicación con la Capital.

Ya hemos visto los grandes trabajos llevados á cabo por los antiguos pobladores de Yucatán para conservar el agua de las lluvias y tener la suficiente con qué abastecer sus necesidades en la época de la sequía. Desde entonces no se ha hecho reforma alguna en el sistema que ellos empleaban, y los grandes adelantos conquistados en la hidráulica no han llegado á nuestro país sino en los libros. La ampliación de los depósitos, la elevación de las aguas subterráneas por medio de pozos artesianos ó de bombas adecuadas á este objeto, harían fecundarse estos desiertos y recompensarían prodigiosamente los capitales empleados en las obras.

El ferrocarril se hace también indispensable. Seis meses del año el tráfico sufre una completa paralización, porque los caminos se ponen intransitables. Abiertos en un terreno flojo completamente, las lluvias forman en ellos un barro pegajoso, que los naturales llaman **tacluc** y que hace imposible el tránsito de carros con carga.

Los buenos caminos son indispensables para la circulación de las riquezas agrícolas y el que los comparó con las arterias por donde circula la sangre y la vida del cuerpo humano, hizo una comparación adecuada. Un pueblo sin caminos es un cuerpo en que la vida se paraliza por falta de libertad en la circulación y concluye por aniquilarse y desaparecer.

De las poblaciones que forman el Partido de los Chenes, la más interesante, sin duda, es Hopelchén. Hay en ella mayor número de vecinos, ricos agricultores é industriales, que han hecho de la población un paraíso, atendiendo con empeño, por medio de una unión nunca disuelta, las mejoras materiales. El aspecto de la villa revela una atención eficaz en las autoridades. Todo limpio; todo en orden; como satisfechos del bienestar de que disfrutaban.

Faltaríamos a la verdad si no hiciéramos mención especial del trato afable y cariñoso de sus moradores. Cualquiera puede contar con sus atenciones y saber que nada podrá hacerle falta que no lo obtenga de la mejor voluntad.

El día de nuestra llegada escuchamos de boca del Sr. Coronel D. José Luis Santini un largo relato de sus penalidades durante la pasada irrupción de los bárbaros. Nuestro entusiasmo crecía por momentos

al referirnos los sangrientos episodios que acompañaron á su derrota en Chunxan, donde Campeche perdió al valiente Coronel Leandro Domínguez. El Sr. Santini cuya destreza le salvó la vida en tantos combates encarnizados, será un poderoso auxiliar para la campaña que ahora trata de llevarse a cabo, con objeto de reconquistar esos bosques vírgenes donde la riqueza es tan abundante. No podrá salir al campo como en épocas anteriores á medir sus fuerzas con el enemigo de la civilización y del progreso, pero sus consejos deben ser aprovechados, por la experiencia que llegó a adquirir en su larga carrera militar.

Tuvimos el gusto de ver confirmada nuestra opinión por este digno veterano. El cree, como nosotros, que la campaña actual no será ni muy larga ni muy dispendiosa y que ocupado el río Hondo, para cortar la comunicación de los indios con la Colonia Británica de Belice, darán la obediencia y se reducirán á vivir pacíficamente en poblaciones organizadas con arreglo á las leyes que rigen á la Nación.

Satisfechos de haber santificado el Domingo, consagrándolo á la memoria de los héroes ignorados de esta lucha grandiosa, ocupamos nuestros bolanes en la tarde, saliendo para Sahcabchén, único pueblo de importancia en el Partido de los Chenes, que no habíamos visitado durante el presente viaje.

Por todo el trayecto conocimos la especial atención que durante el Gobierno del Sr. Coronel D. Leoncadio Preve se dedicó al ramo de caminos, los cuales han sido mejorados considerablemente.

Llegamos á Sahcabchén donde gracias á la amabilidad de D. Felipe Avila se nos proporcionó una ce-

na, que hicimos á la luz de la luna, admirando los progresos que la población ha realizado en tan corto tiempo, ya por la fabricación de nuevas casas de piedra, ya por el arreglo de la plaza que antes era un montón de piedras sin regularidad ni orden.

Cuando el estómago está lleno las penas se olvidan —ha dicho un sabio—. Nosotros, sin embargo, no pudimos olvidar las nuestras á pesar de que cenamos. Es verdad que consistían en el cansancio de las mulas las cuales no caminaban ni con el látigo ni con las interjecciones del conductor.

A fuerza de constancia y de paciencia hubieron de llegar a la hacienda Humpeckin donde hubo ya necesidad de proporcionarles un pequeño descanso.

El mayordomo de esta importante finca henequenera nos brindó sus atenciones de una manera cortés y luego de haber tomado con él un ligero desayuno, emprendimos el camino á pié á efecto de desentumecer las adoloridas piernas.

Sin embargo de este retardo, pudimos llegar á Hechelchakán á buen tiempo para alcanzar el tren de carga del Ferrocarril Peninsular, aquel famoso Ferrocarril cuyos trabajos se parecen á los del incansable llenador del Tonel de las Danaides.

Veinte y ocho veces tuvo necesidad el tren de parar su carrera en el trayecto de doce leguas que separa á Hechelchakán de Campeche, ya para recoger trabajadores, ya para componer el alambre del teléfono que se tiende por el suelo, ya, por último, para dar instrucciones á los empleados que estaban en la vía. No fué sino después de estas molestias cuando

pudimos llegar á Campeche, terminando nuestro viaje de cien leguas recorridas en seis días.

— — — —

Aquí debemos dar por terminado nuestro trabajo, pero no sin hacer presente á nuestros benévolo^s lectores que las opiniones emitidas en estos escritos son exclusivamente nuestras y asumimos la responsabilidad de ellas, por cuanto no queremos que se consideren como la manifestación unánime de los que compusimos el grupo de viajeros.

Tal vez en alguno que otro pormenor ó en apreciaciones de hechos, no estemos de acuerdo, lo que sentiremos bastante, pero de todas maneras creemos que en conjunto debemos felicitarnos de haber hecho conocer las ruinas de una antigua ciudad maya, cuyo nombre estaba en el olvido, proponiéndonos con esto despertar el interés por los estudios arqueológicos encaminados á demostrar la unidad ó común origen de las razas esparcidas sobre la superficie de la tierra.

Campeche, Cam., Noviembre 10 de 1895.

GUSTAVO MARTINEZ ALOMIA.

Publicado en los números 371, 372, 373, 374 y 375, Año VIII, correspondientes a los días 13, 20 y 27 de octubre y 3 y 10 de noviembre de 1895, respectivamente, del periódico "El Reprodutor Campechano", editado en la ciudad de Campeche, Cam.



Biblioteca Campeche



000001127



MUSEO ARQUEOLOGICO,
ETNOGRAFICO E HISTORICO.
-CAMPECHE-